



EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º • Apartado 547.

Horas: de dos á cuatro de la tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

MANUEL J. GARRIDO

Sección vermouth.

EDUARDO ZAMACOIS

Los hombres.

RENATO DELACROIX

Galanterías de la Historia.

ADOLFO LLUCH

¡No quiero verte!...

JUAN PINTÓ Y PARDO

Fuerza expansiva.

VÍCTOR G. DE SARABIA

Versos de amor y melancolía.

ANTONIO CINTOS SANTIAGO

Jugada de amor.

EZEQUIEL ENDÉRIZ

Versos.

MATEOS, GUERRA, TINO,

MENDA, CHER Y BÉTICO

Varios dibujos y retratos de «La Marquesita» y Luis de Oteyza.



«LA MARQUESITA.»

Notable artista de «variétés» que ha realizado una brillante campaña]
en Marruecos,

Biblioteca Regional de Madrid

5 céntimos



SECCION VERMOUTH

DE ELLAS

CADA estación da un aspecto distinto á la mujer; aunque en todas son igualmente adorables. La Primavera comunica á los rostros femeninos la fragancia perfumada de las flores abriñenas.

El Verano es la estación de la voluptuosidad. En las plácidas siestas estivales ó, al atardecer, bajo el emparrado, la mujer tiene en su carne todo el fuego de una tarde calurosa del mes de Julio, y en sus ojos, bri-

CUALQUIERA TIEMPO PASADO...



—¡Cuánto mejor lo pasábamos hace veinte años, ¿verdad?

—¡Calla, mujer! ¡Si no teníamos donde caer nos!

—Sí; pero no; casamos...

llantes de sensualidad, los destellos deslumbradores de una estrella en la limpidez de una noche veraniega.

En el Otoño, cuando paseamos con ellas por las alamedas de los parques solitarios, hundidos los pies en el muelle tapiz de hojas caídas, observamos su afán por deshojar, con la grana de sus labios, las más bellas flores otoñales. Es un deseo egoísta de gozar apresuradamente de la suavidad coloreada de sus pétalos y de la frescura de su aroma antes de que, al re-

cibir el frío beso de las primeras heladas, se marchiten sin que nadie haya gustado del encanto perfumado de sus cálices.

Y en el Invierno, aunque hay menos poesía, la mujer, bien abrigada, tiene un aspecto «prócer» que le va muy bien.

Envuelta en sus pieles confortables, cada movimiento de su cuerpo es una ondulación encantadora de la nieve del armiño. Su cara, al recibir la caricia suave y enervante del elegante boá de pluma, tiene delicados arrebosales infantiles. Y sus manos, al ocultar su finura en la tibieza perfumada del enorme manguito, parece que le dan vida prestándole movimiento.

En el manguito guarda la mujer su «tocador de precisión»: el espejo coquetón, la barrita de carmín, la polvera diminuta y el pomito de esencia, tienen en él su estuche primoroso de blanca seda.

Las infiles suelen ocultar también en él sus cartas comprometedoras, y las terribles, el bonito revólver de culata nacarada.

El manguito, pues, es la prenda de abrigo más confidencial, la más íntima.

Cuántas cosas, no muy edificantes, pero muy sabrosas, podrían contar, si hablaran, los manguitos que han ido al «cine». Al amparo de su piel forrada en raso, cuántas manos se han juntado acariciadores, suplicantes unas veces, crispadas otras ó contraídas como en espasmos dolorosos y otras extendidas, abandonadas, como en un olvido supremo del vivir.

Y por debajo de los boás, negligentemente caídos sobre los muslos, cuántos jóvenes «expresivos» han entrado en conocimiento de los más ocultos detalles de construcción de sus novias complacientes.

Por esto, boás y manguitos tienen, como cualquier astro coletudo ó es-

trella escénica de «ínfima» magnitud, sus defensores apasionados, que son, generalmente, los entusiastas del «cine» que, mientras Fantomas se «parte el pecho» contra una caja de caudales ó Toribio vierte sobre el respetable e inagotable manantial de sus «gansadas», se dedican, al amparo de las prendas de abrigo mencionadas, á explorar selvas vírgenes... tropezando á veces con parajes pantanosos.

Y también, como cualquier fenómeno taurino al uso, tienen las pieles sus detractores consecuentes que, en este caso, son los que gustan de contemplar á las mujeres á cuerpo gentil, ó los que las pagan (las pieles, ¿eh?)

A estos últimos nos permitimos hacerles una observación:

Que una mujer «luciendo la piel» es siempre un espectáculo emocionante.

El Invierno no les gusta á las mujeres. En esta estación, á la cual todos llegamos sin «billete», y en que hasta los guardias pierden su proverbial gentileza bajo los holgados capotones, ellas, las siempre adorables mujeres, no pueden. Fabio, ¡oh dolor!, sacarnos de las casillas que por clasificación nos corresponden, con el grandioso espectáculo de sus gargantas, cuellos, hombros y brazos desnudos. Estas lindas partes de sus cuerpos y otras tan bellas como las torneadas piernas envueltas en la seda transparente de las medias, los pies menudos calzados de suave terciopelo y, sobre todo, los duros y blancos senos que adivinábamos

INCONGRUENCIAS



—Tampoco hoy viene Pedro.
—¡Qué suerte tienes, «Sultán»!

bajo el raso de las blusas veraniegas, permanecen desde hace poco tiempo ocultos en el misterio de los trajes de paño ó perdidos en la negrura de los abrigos de caracul.

Aquellos escotes encantadores que durante el Verano nos han enloquecido con su blancura marfileña, aquellos divinos escotes que en las fiestas noc-

FACILIDAD



—No me detendré aunque sea usted casada.
—¡Naturalmente! ¡Como que las casadas siempre ofrecen o los menos obstáculos!

turnas atraían sobre sí nuestra admiración, haciéndonos pronunciar al oído de sus poseedoras las más bellas palabras de alabanza, han desaparecido para una larga temporada. Sus dueñas, para librarlos de la caricia desagradable del frío, los han ocultado cuidadosamente, aun á pesar suyo.

Hablo, naturalmente, de la generalidad, porque tratándose de mujeres no hay regla posible. Es decir, haber-

la si la hay, ó por lo menos la tienen, sólo que no quieren atenerse á ella.

Las que tal hacen, las rebeldes, las «anarquistas» que pudiéramos llamar, forman dos grupos: las gazmoñas y las exageradas.

Las primeras (no seamos duros con ellas) son las que, teniendo sus cuerpos magníficos detalles, los ocultan en todo tiempo y disimulan sus protuberancias como si de algo «malo» se tratara.

Esto, claro está, en público, que luego, en la intimidad, nos consta que se desquitan, libertando sus carnes de todo antiestético «trapajo».

De todas formas, merecen nuestra reprobación desde el momento en que, de dicha intimidad, no puede gozar mas que uno. De cada vez, se entiende, aunque hay caprichos excepcionales y temperamentos verdaderamente «ansiosos».

La segunda categoría la componen las desaprensivas que, hasta en este tiempo, alargan sus escotes y acortan sus faldas... poco, una cuarta ó algo más sobre lo corriente; las que teniendo sus encantos bastante pronunciados no vacilan en regalarnos con su contemplación completamente gratis; las más deliciosas, en fin, aunque con la exhibición de sus morbideces semidesnudas provoquen la santa indignación de los sesudos varones amantes de la Moral.

Veréis con frecuencia que uno de estos buenos señores se para en la calle y encandila los ojos. ¿Qué ha visto? ¡Casi nada! Un «montón» de carne fresca y olorosa de mujer que avanza imponente y abrumadora, desafiando al frío con la beligerancia deslumbradora de sus voluminosos senos, mal cubiertos por la escasa y ajustada combinación de sedas y encajes.

El buen señor se emociona y, fiel cumplidor de los mandamientos municipales; calla; pero cuando ya ha perdido de vista la hermosura «desabrochante» que pasó, le oiréis decir entre dientes: «¡Qué tía! ¡La pateaba la asadura y me la comía!»

Y, á lo mejor, le encontraréis frente á las bolas del puente de Segovia—obsesionado por la visión de diez arrobas de exuberantes magras femeninas—haciendo disparatadas comparaciones.

MANUEL J. GARRIDO

LOS HOMBRES

SOBRE el suelo húmedo, en el recodo de la calle solitaria, bajo la trepidante y sanguinolenta luz de un farol, los dos amantes se despedían riñendo.

—Hemos concluido—afirmó ella—y haré lo que quiera; para eso soy libre.

—Aunque entre nosotros ni la religión ni la ley pusieron lazo alguno, tú eres mía y continuarás perteneciéndome mientras yo aliente: por cariño, por miedo... como sea; pero mía, mía siempre, toda tú, entera... ¡en cuerpo y alma!...

—Lo veremos, Manuel.

—Lo veremos.

Ella dió media vuelta sobre sus piecitos impacientes, espojándose retadora bajo su mantón negro; y á la tem-

blequeante luz rojiza del farol su apasionado rostro aguileño parecía más pálido, los ojos más negros y brillantes, la nariz, de purísimo perfil hebraico, más perfecta.

—Tú me enseñaste el mal camino—dijo la joven—y he de imitarte siguiéndolo también.

—No lo intentes.

—¿Por qué?

El se encogió de hombros; no quería hablar. Ella añadió provocativa:

—Para cumplir esas amenazas, es necesario querer mucho.

—O tener mucho amor propio.

—Y tú desconoces ambos sentimientos.

—Si me engañases, Gumersinda—repuso él con frialdad reconcentrada—, si yo te viese con otro hombre... no podría contenerme y...

—¿Y qué?

—Mis manos se irían tras de tu garganta...

—¿Quia!

—O de una puñalada te partía el corazón...

—¿Tú tú!... Los hombres no sabéis querer.

Por el fondo de la obscura calleja resonó el pregón de un vendedor que se acercaba; y más lejos, resonaron otros varios:

—¡El «Heraldo de Madrid», «Correspondencia...», «Diario Universal»... con el crimen de esta tarde!...

Algunos añadían:

—¡Y todos los detalles del novio que ha matado á su novia, por celos, en el paseo de la Habana!...

—Así acabaremos los dos—murmuró Manuel.

Se separaron, dejando cada cual suspendida sobre la cabeza del otro una terrible promesa: él, una promesa de muerte; ella, la negra amenaza de un adulterio. Manuel Quirós, realmente, iba tranquilo; todo aquello era fútil conversación; él amaba á Gumersinda suavemente, con pasión tibia y vulgar, y si prometió asesinarla fué por magnificarse á los ojos de la muchacha, cuyo espíritu vidrioso,

AL AIRE LIBRE



—No te propases, porque te doy una bofetada como dos y dos son cuatro.

—No, Elenita, no son mas que dos; ahora, que son dos que valen por cuatro.

PARADOJAS



TIND

—Mira, Jorjito: mamá me ha dicho que, para tener un vestido nuevo, hay que tener un

romántico, y enamorado de todo lo raro conocía; aquellos celos venecianos, aquella cuchillada con que anunció poner al idílico poema de sus amores juveniles una rúbrica roja eran de nuevo fingimiento y tramoya; y pues él disfrutó de Gumersinda cuanto quiso, ¿qué podía importarle lo que ella más adelante hiciese de su cuerpo ó de su alma?... Pensando así caminaba de prisa, sabiendo que eran las nueve y que su mujer y sus dos hijos estarían aguardándole para cenar.

Siguiendo opuesto rumbo, Gumersinda caminaba también, presa la atropellada imaginación en marañosos revoltijos de recuerdos, vacilaciones y propósitos. Ella amaba á Manuel, pero le había querido más y se conocíase á punto de dejar de quererle: sabiéndose capaz de los más altos heroísmos pasionales, sentía su corazón desfallecer, sumiéndose en el odio rebaño de lo vulgar y anodino. Y de este desplome no era ella responsable, sino Manuel; Manuel, que era frío y egoísta, con el egoísmo invencible

de los mansos avezados á encogerse de hombros ante lo más grave. Ella, por el contrario, adoraba lo trágico, lo inmenso; y siendo susceptible de dejarse matar por tener la convicción de haber sido muy amada, envidiada secretamente el destino de esas infelices mujeres que sucumben bajo el brazo armado de un amante celoso.

—Si Manuel tuviese coraje para asesinarme—pensaba ella—yo le querría tanto... ¡tanto!...

Sus nervios, soliviantados, la forzaban á caminar de prisa. De pronto, exclamó:

—¡Bah!... Los hombres no saben querer...

Al doblar una esquina, oyó que alguien se acercaba, y volvió la cabeza; era un mozo de veintiocho á treinta años, elegante, gallardo y fuerte.

—Joven, es usted muy bonita... ¿Puedo acompañarla á usted?... La mano izquierda daría por merecer ese honor...

El cauto silencio de la bella perseguida no desanimó al corsario, que hablaba vertiendo copiosamente en sus palabras jarabe dulcísimo.

—¡Si Manolo me viese con éste!—pensaba Gumer.

—Y si tiene usted hermano, novio, amante ó marido celoso, ¡mejor!... Reñiré con quien sea, que deseoso voy ya de darle pruebas de mi pasión.

—Caballero—dijo—, aceptaría de buen grado su compañía y amistad, pero no puedo.

—¡Cómo!

—Porque tengo un novio... ó, para llamar á las cosas por su nombre: un amante, que es muy celoso y con quien seguramente necesitaría usted reñir.

—¿Y qué?... Reñiremos.

Y agregó, pensándolo mejor.

—Además, él, si no se lo dice, nada ha de saber.

—Es que yo aborrezco las situaciones equívocas—interrumpió Gumer con arrebató—, todo engaño emboza una cobardía y yo soy valiente.

Mientras hablaba, la joven iba pensando que la familia de Manuel ya se habría acostado y que éste se hallaría en el gabinete solo, leyendo algún libro. Entretanto, el galán observaba á su pretendida, hallándola guapa y merecedora de cualquier sacrificio.

—Estoy á sus órdenes. ¿Qué es preciso hacer?

—Acompañeme usted—replicó Gumer—; esta noche, justamente, he reñido con mi amante: quiero pasar por delante de su casa; silbaré, y él saldrá al balcón, y sabremos á qué atenernos.

—Vamos—repuso el galán.

Continuaron andando largo trecho y sin dejar de hablar. Gumersinda pensaba: «Al fin voy á resolver la incógnita de este cariño. Si Manuel me quiere y me ve con otro hombre, recordará lo que hace un momento me juró; y cogerá un cuchillo y saldrá á la calle para matarme, atropellando todo prudente miramiento. Porque ante la verdadera pasión, ¿qué importan los hijos ni los lazos legales con que los hombres se sujetan á una mujer que no les importa?...»

Llegados que fueron á la calle y á la casa de Manuel, Gumersinda silbó, apoyándose bien sobre el brazo robusto de su acompañante, levantando la cabeza, ganosa de que la luz de un farol vecino la iluminase bien el rostro. Después volvió á silbar.

El conquistador comenzaba á maldecir de sí mismo, creyendo ya haberse metido en un mal fregado.

—¿Tiene usted miedo?—preguntó Gumer.

—¿Yo?... ¿A qué?...

De pronto oyeron el ruido de una ventana que se abría, y en un balcón apareció Manuel.

—¿Qué hay?—dijo.

—Soy yo—contestó Gumersinda.

—Ya lo veo.

Su voz temblaba ligeramente; la joven agregó con sorna acre:

—Te presento á mi nuevo amante; le he conocido esta misma noche, hace un rato... poco después de marcharte... y no quise acostarme sin decirte adiós...

Hubo uno segundos de expectación cruel; Gumersinda creía que su amante iba á lanzarse á la calle salvando de un brinco la barandilla del balcón, y repentinamente sintió deseos de impetrar su piedad y de adorarle. Mas no fué así; Manuel, sin desplegar los labios, intimidado por el miedo al escándalo, se retiraba, cerrando las hojas de la ventana suavemente...

Gumersinda creyó morir; Manuel era un miserable, un egoísta, un cobarde, un degenerado sin nervios, sin dignidad, sin calor en la sangre; y tuvo deseos de morir, de anularse, corriendo á sepultar muy lejos su vergüenza; la

vergüenza de no haber sido amada nunca. A su oído, su cortejador murmuraba:

—No hay por qué apurarse; si ese mal hombre se fué, aquí estoy yo...

—¡Los hombres!—repetía Gumersinda humillada y llorosa—, ¡los hombres!... ¿Para qué sirven?... Todos egoístas, cobardes... como ese que no supo arrancarme la lengua. El mejor no vale una mujer.

El galán objetó:

—Es que yo...

—Usted, como todos: uno más. ¡Los hombres!... ¡Puf!... ¡Qué asco!...

Y marchóse corriendo, sola...

EDUARDO ZAMACOIS.

LOS NUESTROS



EL PADRE MARIANA

que, en su segunda encarnación, ha venido á este Mundo con el nombre de Luis de Oteya, y que altera sus labores de historiador con las más estupendas hazañas amorosas. (Se dice que por él anda á punto de suicidarse la madre de una famosa cupletista.) No viste el

traje talar porque todavía no ha abjurado.

DEL CERCADO AJENO

LOS GRANDES CUENTISTAS

Galanterías de la Historia

I

EL amor había entrado de rondón en el pecho de Imma, la hermosa y gallarda hija de Carlomagno. Eginhard llenaba su pensamiento, trastornaba la suave tranquilidad de su espíritu y hacía vibrar, con el cos-

ENTRE ARTISTAS



—¿Y á ti, Luisa, cuándo te dan un «jerez» de honor?

—¿De honor? Me conformo con que sea de la Frontera. No quiero imposibles...

quilleo de las emociones profundas, toda las fibras de su cuerpo. ¡Quién mejor que él, mozo arrogante y atrevido, de hermosos y acentuados rasgos varoniles, podía inflamar el pecho castísimo de Imma?

Y Eginhard había dado plaza en su

espíritu al deseo, al deseo que domina y arrolla, que se impone fieramente á la reflexión y á la voluntad y señorea en el mundo. Imma le amaba, y él había visto aquel amor en los ojos azules de la encantadora princesa, y en su voz dulce y trémula, y en su cuerpo todo, vibrante de emoción cuando la linda enamorada conversaba con el galán caballero.

Y ocurrió que un día se vieron á solas en uno de los más apartados corredores del palacio. Imma quiso retroceder; pero Eginhard llegó hasta ella, le cogió suavemente la mano y se arrodilló, murmurando palabras que herían los oídos de la princesa con blandura de ensueño.

Imma sintió hervir la sangre en su cabeza; y en un arranque espontáneo, sin que á sus labios pudiera llegar nada de lo mucho que se atropellaba en su mente, inclinó llena de amor el busto y estampó un hondo y callado beso en la frente de Eginhard. Después rozó con su boca el oído de éste, murmurando:

—Luego... en el jardín... al anochecer.

Imma desapareció por el fondo obscuro del pasillo; Eginhard, loco de alegría, salió de palacio formando planes de rendición.

En el jardín se vieron y se hablaron. A los ojos de Imma se abrió un mundo nuevo de halagadoras ilusiones: allí quedó sellado el amor y firmada con protestas ardientes la promesa de fuga; y allí quedó resuelto que Eginhard entraría aquella misma noche en las habitaciones privadas de la princesa. Ante todo había que evitar á sangre y fuego que Carlomagno casara á Imma con el odiado rey de Grecia, como lo había prometido.

Eginhard era hombre atrevido, de carácter firme y corazón entero, templado en la propia escuela de Carlomagno. No pensó, pues, en otra cosa que en la inefable ventura que le brindaba la noche, muda testigo de las maquinaciones de amor; y llegada la

hora encaminó sus pasos á la felicidad.

II

Fué noche de nieve; y Aquisgran, al despuntar el día, se hallaba envuelto en blanquísimo y espeso manto. La Naturaleza tiene ironías tremendas.

El primer estallido de luz sorprendió á Imma pesarosa: la nieve cubría por completo el jardín que tenía que atravesar Eginhard para salir de palacio, y las huellas de un varón podían hablar más de lo que convenía al crédito de una hembra honesta. Apoyada suavemente sobre el hombro de Eginhard, y con la vista perdida en la blancura del paisaje, revolvía Imma la imaginación con tenacidad espartana.

Súbitamente sintió como una llamada en su cerebro; separóse de Eginhard, entró en la alcoba y ciñó á su propio cuerpo un amplio abrigo. Después volvió donde estaba su amante, le cogió de la mano y le condujo cautelosamente por una estrecha escalera hasta la puerta del jardín. Eginhard la había seguido en silencio; había obedecido á la presión de la mano como la máquina obedece á la fuerza motriz que la impulsa; pero al llegar al jardín detuvo sus pasos y detuvo á Imma.

—Pero ¿qué?

La princesa le cerró con su encantador índice los labios, y con un significativo ademán le dió á entender lo que quería. Eginhard abrió tamaños ojos; pero se resignó ante la imperativa y resuelta actitud de la joven; la cual rodeó con sus brazos la cintura del caballero y, ayudada más por la voluntad y el peligro que por sus delicadas fuerzas, le terció sobre sus hombros y se lanzó al jardín.

Imma volvió rendida, pero satisfecha y regocijada, pisando con exquisito cuidado las mismas huellas que había dejado ya sobre la nieve; y entró en su alcoba con la alegría del que ha conseguido hurtar el cuerpo al choque de una abrumadora masa de plomo.

III

Carlomagno estuvo aquella mañana con un humor de todos los diablos. Hizo llamar á Eginhard á toda prisa,

y éste oyó lo siguiente de labios del emperador:

—Esta madrugada he visto desde una torre de mi palacio cómo se hundían en la nieve unos pies que debían hollar dentro de poco el alcázar del rey de los griegos. Pero el honor de una hija de Carlomagno vale más que todos los imperios y todos los reyes...

Y añadió, echando fuego por los ojos:

—¡Mañana te casarás con Imma!

RENATO DELACROIX.

MALAS COSTUMBRES



El. —Su hermanito se va á estropear la nariz. Siempre se está metiendo el dedo.

El pequeño. —¡Anda! ¡Pues si la viese ¡usté á

¡NO QUIERO VERTE!...

Sedientos de caricias, mis labios te llamaron; mis brazos te atrajeron con loco frenesí; mis ojos, de los tuyos, el fuego devoraron, y, esclavo de tu cuerpo, quise fundirme en ti.

Anhelos contenidos, con ímpetu brataron, y palpitante violento mi corazón sentí cuando en tu boca ardiente mis besos estallaron y en un abrazo inmenso mi vida te ofrecí.

En vano olvidar quiero aquel dichoso instante en que soñé vencido tu innoble corazón, pues mi alma no concibe humillación bastante que castigar pudiera tu rastrera traición.

Jamás de mi camino cruces el paso errante pues pesa en tu recuerdo mi eterna maldición...; ¡y temo que, si un día te hallara, suplicante, brotara aún mis labios un beso de perdón!

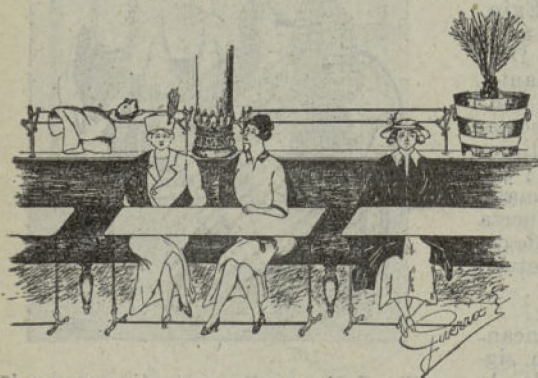
ADOLFO LLUCH.

FUERZA EXPANSIVA

BAJO el amparo de una carta de recomendación de su señor padre, don Ulpiano Barahona, se presentaba una mañana del mes de Abril en casa del afamado maestro y compositor Horacio Salvi el joven Eugenio Barahona, siendo por éste recibido é invitado á comer aquella misma tarde.

Horacio Salvi, después de una brillante carrera, merced á su preciosa voz de barítono y pureza de estilo en

LAS NOCHES DE FORNOS



- ¡Qué solas estamos!
—Por culpa de la guerra...
—Al contrario: por culpa de la neurritid...

el «bell canto» italiano, se había retirado de la escena, dedicándose á dar lecciones, que se hacia pagar muy caras y acrecentaban la renta de su ya regular fortuna, la que se comía tranquilamente con su mujer, una hermosa italiana de sangre caliente y vivo carácter que, según malas lenguas, había contribuído no poco á la corona que adornaba la frente del «suo caro» marido, pero no precisamente con hojas de laurel.

Vanidoso y engréido con sus triunfos artísticos, consideraba sus decisiones en asuntos musicales como inapelables, recibiendo impertérrito el chaparrón de elogios y ditirámicas la-

banzas que constantemente le disparaban una turba de parásitos que sentaba á su mesa, y á los que regalaba con platos de su invención, mezclando del modo más lamentable los guisos italianos con las artes de la cocina francesa.

Sus comidas le habían dado casi tanta celebridad como sus triunfos escénicos, y muchos preferían los «macarroni» y «tallerini», que él mismo confeccionaba, á las romanzas y barcarolas con que después obsequiaba á sus conensales.

Ello es que Eugenio salió satisfechísimo de la acogida que obtuvo del «maestro» y de la no menos cordial que le dispensó su consorte, la bellísima Carolina. Bien es verdad que Eugenio era un buen mozo, de aspecto sano y robusto, con admirables dientes, que lucía bajo un gracioso bigote negro, y Carolina, como digna hija de su país, en que la belleza plástica es tan admirada, no dejó de rendir interiormente su aplauso á quien le recordaba por su gallarda postura los más bellos ejemplares de la estatuaria antigua.

II

Durante la comida, Eugenio ocupó, como puesto de honor, la derecha del ama de la casa, sin protesta alguna de los demás invitados, cuyo papel era puramente «digestivo», si así puede decirse, y que se limitaban á sostener la conversación, repitiendo el consabido «¡exquisito!» después de cada plato.

Ello es que, en el primer servicio, sintió Eugenio cierto ligero frote en su pierna izquierda, frote ligerísimo y atenuado entre pliegues de batista y seda, y que hizo circular un delicioso calor en todo su ser. Al servirse el asado, el frote se acentuó, acompañado de una ligera presión en su pie, como si otro pie pequeñísimo y finamente calzado de raso se hubiese posado encima de él como incauta mariposilla. A todo esto, la conversación se había generalizado, y la bella Carolina, atenta, obsequia á su convidado, le incita á beber vino de Marsala, acompañando la invitación de ciertas miradas ex-

presivas, más propias para trastornarse que las copas del espumoso líquido que apuraba una tras otra.

Tantas bebió el pobre mozo, y entre ellas ciertos pasteles de judías y queso de Parma, de que había tomado con la prodigalidad que le permitía su robusto apetito y las incendiarias miradas de Carolina, que se sintió trastornado, removido interiormente y casi ahogado por desórdenes internos, que amenazaban convertirse en formidable tempestad.

Por fortuna, se levantaron pronto de la mesa, y mientras los criados disponían el servicio de café en el salón, propuso la dueña de la casa ir a dar una vuelta por el jardín, á fin de respirar un poco el aire puro de la noche perfumado con los aromas de las primeras lilas.

Naturalmente, ella se apoderó del brazo de Eugenio, y lánguidamente apoyada en él, descendió la escalinata, esperando que él sabría aprovechar ocasión tan propicia para arriesgar una declaración de antemano aceptada, y á cuyo encanto y cumplimento contribuiría el misterio de las enramadas y el brillo de las estrellas, testigos complacientes de enamorados y poetas.

Eugenio, impresionado por la aventura que se presentaba y por el silencio de aquel jardín, solamente interrumpido por el lento murmullo de una fuente que dejaba caer su linfa transparente en limpio tazón de mármol, quiso empezar una tierna conversación que se llevase al fin á pedir, cuando, ¡oh, desgracia!, sintió un apretado nudo en su garganta y que su

DE NUESTRO BAILE



Una de las muchachas que concurrirán al baile de LA HOJA DE PARRA para dar una sorpresa al sexo contrario.

DEL VERANO PASADO

TINTO.



—¿A qué no sabe: qué es lo que más me gusta de tí?

—¿Qué?

—La pipa.

—Lo mismo me ocurre á mí.

elocuencia tomaba el opuesto camino.

La hermosa Carolina se puso roja como una amapola, después se paró en seco, y con la cara descompuesta por la indignación, soltó el brazo del pobre joven, que no sabía á qué santo encomendarse para contener aquella inconveniencia suya.

Como sus esfuerzos resultasen inútiles, la fogosa italiana, dándole un soberbio bofetón, huyó de él á todo correr, mientras sus labios le increpaban, llamándole canalla, grosero y mil lindezas por el estilo.

La situación del pobre Eugenio no podía ser más comprometida.

¿Qué hacer?

¿Cómo volver á presentarse en los salones ante sus irritadas miradas de la hermosa Carolina?

Era indispensable marcharse sin ruido, y otra vez ser más cauto y desconfiar de los pasteles de judías y del espumoso vino de Italia.

Así lo hizo, dirigiéndose hacia la puerta y renunciando por aquella vez á que el célebre maestro Horacio Salvi le probase la voz y emitiese su opinión, siempre autorizada.

III

Al día siguiente el notario don Ulpiano Barahona recibió la siguiente carta:

«Mi querido amigo: Su hijo de usted es muy agradable, pero por ahora no me «ha sido» posible probar su voz; esto no obstante, según testimonio de persona que me merece entero crédito, «no son alientos los que le faltan»

¿Qué diablos será esto?—se preguntó el bueno de don Ulpiano, rascándose la punta de la nariz, signo en él de la más viva preocupación.

Al cabo de algunos meses supo por carta de su hijo parte de la verdad; esto es: las insinuaciones más que sospechosas de que había sido objeto por parte de la bella consorte del maestro, pero ocultándose cuidadosamente el ruidoso desenlace de aquella aventura.

De aquí dedujo don Ulpiano que la que el maestro sentía era una envidia feroz al ver las brillantes cualidades de su hijo, y dirigiéndole á otro profesor tuvo la satisfacción de oírle debutar al poco tiempo en un concierto, donde obtuvo los más lisonjeros aplausos.

—¡¡He aquí—se decía el notario, satisfechísimo del éxito de su retoño—, he aquí lo que es tener fuerza expansiva de voz! !..

JUAN PINTÓ Y PARDO.

LOS ATAREADOS



— Ahí está la señorita del otro día.

— Pues dile que tampoco hoy puedo.

Versos de amor y melancolía

Historia romántica.

I

Toda la dulzura de mi amor te di,
para acariciarte mi alma se hizo voz,
lágrimas tuvieron mis ojos por ti,
que fuiste insensible, sangrienta, feroz.

Rápidos pasaron los días que oí
la música grata de tu charlotear,
desaparecieron las horas que vi
en mi crespito pelo tus manos jugar.

Caminamos juntos tejiendo mil sueños
en el cielo santo de nuestra grandeza.
Éramos dichosos, sin leyes, sin dueños,
pletóricas almas de orgullo y belleza...
Mas nos olvidamos, en los halagüenos
planes, de mis ansias y de tu crudeza.

II

Yo marché á la lucha lleno de ardimiento
para darte gloria que no conquisté;
al marchar llorabas, y era tu lamento
un agudo grito que no olvidaré.

Un beso me diste, rabioso tormento,
y mis amarguras con él endulcé,
y en ímpetu luego, feroz, violento,
tu boca, tus ojos, tu pelo besé...

Después... A mi ausencia siguió el olvido,
que vino mi pecho buscando traidor...
Si vieras..., si vieras el mal que he sufrido;
si tú meditaras sobre este dolor,
es fácil que en tu alma vibrara un gemido
misericordioso por mi inmenso amor...

Salomé.

Al candencioso ritmo, áureo, sutil, liviano,
de tu danza, en mi mente perversa y extraviada,
mil imágenes surgen, y en su rauda algarada,
gira loco tu cuerpo, soberbiamente humano.

Eres cadencia angusta y eres secreto arcano
que á describir no acierta mi atónita mirada;
eres girón flotante que anuncia la alborada,
algo grandioso y santo, solemne, soberano.

¡Oh, Salomé sagrada, bella como esperanza!...
Me creo en este instante nuevo San Juan Bautista,
que humilde se te entrega á influjos de la danza,
que pone el alma y nervios y carne ante la vista,
y, cual serpiente, al pecho, letal veneno lanza...
¡Tu influjo me subyuga, me vence, me conquista!

VÍCTOR G. DE SARABIA.

Jugada de amor

CINCO años fuera de España! ¡Estaría desconocida! Cómo acordábase de Madrid; de los alternos idilios con la principesca Naná en las largas veladas del invierno, que recibíale en aquella confortable salita, saturada de finas esencias y cubierta de sedas y rasos de múltiples colorines, en cuya estancia, al fondo, encontrábase discretamente oculto por los coquetones cortinones granates el pecador tálamo de la casquivana y mundanal muñeca.

En sus innumerables correrías, nunca había logrado tropezar con ninguna hembra que le agradase tanto como aquella pecadora, que con el borboteo de sus risas, animaba su espíritu, siempre melancólico.

Había logrado regresar á Madrid, y su primera visita sería para la apetitosa mundana que durante tanto tiempo entretuvo sus ocios de hombre adinerado.

Recordaba sus señas. Iría á su casa á verla antes que á nadie; antes que á sus amigos, que esperaban con ansia su vuelta para comentar sabrosamente sus calaveradas y aventuras.

Tomó un coche de alquiler y dió una dirección.

Llegó, pagó al cochero, y tomando un aire petulante atravesó el portal, ascendiendo por la escalinata, que ornaba floreada alfombra.

El segundo piso. Aquí era; sí: allí era. Llamó y salióle á abrir una doncellita de bonísima figura.

—¿Está la señora?

—Sí; pero...

—Me es igual; esperaré.

Penetró en el cuarto, cuyo recibimiento ostentaba un lujo desusado. ¡Qué riqueza! No recordaba aquellos muebles. ¡Bueno! En los cinco años bien podría haberlos renovado.

Al límite llegó su asombro al penetrar en el salón, tapizado de azul turquí, cuya sillería hacía juego con los espesos y magníficos cortinones de idéntica naturaleza.

Sentóse y esperó, admirando el exquisito gusto de la dueña, para adornar tan voluptuosa mansión. Flotaba en el ambiente mil diabólicos perfumes que se adentraban en los sentidos, y que con el acompasado tic-tac del reloj colocado en la chimenea, producían deleitable sopor.

Sintiéronse pasos. Apareció en la estancia una joven esbelta, que cubría su arrogantisimo cuerpo con un «kimono» de divina transparencia, dejando entrever riquísima escultura.

Cambiáronse los saludos de ritual.

—Usted dirá.

—Señora, yo...; yo no es á usted á quien busco. Es... es una señorita francesa que vivía hace algunos años en este mismo cuarto.

La joven sonrióse y tomó asiento.

—Quizá le sea mi presencia desagradable—y, al decirlo, dejó caer la bata á ambos lados de un modo provocativo. —¿No es así?

—No, no señora—balbuceó el calavera, cogiéndole de sorpresa la actitud de su interlocutora—; todo lo contrario. Es que yo falté de Madrid, mejor dicho, de España, hace cinco años, y no sabía...

—Pues sí, querido. Ahora la dueña de esto soy yo, nada más que yo—tres botones del «kimono» se desabrocharon—; y me parece...

LAS EXPLOTADAS



—¿Por qué me habrá dicho la maestra que todavía me quejaba sido para otro bulto?...

—¿Y no sabe nada de la anterior propietaria?

—No, nada sé. Hace un par de años que habito este departamento, y nunca supe quién lo vivió antes que yo... ni he pretendido averiguarlo.

Ella, maestra, levantóse é invitó al recién llegado á visitar la casa.

Enseñóle los salones, el cuarto de música, todo, y ya iba á despedirse, cuando:

—¡Ah, se me olvidaba! Venga, venga á ver mi cuarto, mi cuarto de «solterita».

Y cogiéndole por las manos, lo condujo hasta su habitación.

—Dime—decía el galán poco después—, tú eres aventurera como la otra y debes conocerla.

—Sí, la conozco; pero no quise decirte antes porque es mi rival. La he quitado «una conquista», y ya estoy satisfecha. Ahora no tengo inconveniente en que lo sepas: vive en el piso primero de este mismo edificio, donde se trasladó hace dos años.

No quiso oír más. Huyó de junto la gozadora y bajó la escalera como pudo, asiéndose al barandal. Las piernas flaqueábanle y se negaban á sostenerle.

Encontróse frente á la puerta del cuarto de Naná. Iba á llamar; ¡y para qué!; otro día sería mejor, estaría más ágil y más seguro de sí.

En su rostro ovalado dibujóse una sonrisa sarcástica. Exclamó:

—Perdona, Naná; esta vez te han ganado la partida. Aseguré que la primera visita sería para ti, y me he engañado. Es la primera vez que me sale «el tiro por la culata...». Perdona, Naná, perdona...

ANTONIO CINTOS SANTIAGO.

Versos

Vida de enferma quimera
con síntomas de delirio,
como la llama en la cera
de un funambulesco cirio.
Vida que, tras la morfina,
se escapa febril y ansiosa,
que huye, del sol que ilumina,
á la noche misteriosa...
Vida que, buscando amor,
ha empezado á envejecer,

¡AL REVÉS!



—Vaya, me voy á mi casa porque la criada ha salido, y se ha quedado sola mi mujer.

—Pues yo me voy á la mía por lo contrario, porque mi marido ha salido, y se ha quedado el criado solo.

y halló en el placer dolor,
y halló en el dolor placer.

—
Buscaste en mí un paralelo
hablándome á los sentidos;
pero yo puse en el cielo,
por esta vez, 'los oídos...

EZEQUIEL ENDERIZ.

FOTO

grafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos, sellos españoles. D. Leonard, sucesor.

Rua Barao Sao Cosme,

OPORTO (PORTUGAL)

(Franquear sobre con sello de 10 cts.)

Agentes exclusivos en Suramérica,

MASIP Y COMPAÑIA

RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Viuda de José Lerín

encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (Abada, 22, tienda).

Establecimiento tipográfico de «El Liberal».

PASTORA IMPERIO ■ ■ ■ LIBRO DE INTIMIDADES

UN ZOMO EN 8.º DE 130 PÁGINAS, 2'50 PESETAS

CONTIENE ÉSTE LIBRO: «El relicario de sus confidencias». — «Cómo empezó á bailar Pastora». — «La gloria del *début*». — «Los dos duros más bendecidos». — «Por qué pasó á llamarse Pastora Imperio». — «Un célebre baile de máscara». — «Los comienzos de la Fornarina». — «Los amores de la Imperio y el Gallo». — «La Imperio sueña con ingresar en un convento». — «La Imperio, en su hogar». — «Su devoción por la Virgen de la Esperanza». — «Caridad hermosa», etc., etc. — Una magnífica portada y profusión de fotografías. — Se envía á provincias, certificado, por 3 pesetas en sellos de Correos, ó Giro Postal. — Los pedidos, con su importe, únicamente á **Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid.**

Exportación por mayor de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — ON PARLE FRANÇAIS.

ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por Giro Postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. • Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dólar. Los pedidos con su importe, dirijanse únicamente á **Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid** (casa fundada en 1896). — *Biblioteca privada.* — Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas. — *Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y corresponsales de España y América.*

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE 'EL LIBERAL,'

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
" Memorias, etc., etc. "

Marqués de Cubas, 7.-Madrid